

LOS FILÓSOFOS GRIEGOS ENTRE LA ORALIDAD Y LA ESCRITURA

E. A. Ramos Jurado
Universidad de Cádiz.

El artículo analiza la importante presencia de la oralidad en la filosofía griega desde los presocráticos a fines del mundo antiguo.

The article analyses the important presence of orality in greek philosophy from the Presocratics to the end of the ancient world.

El triunfo de la escritura en Grecia no supuso, como es lógico, la extinción del fenómeno de la oralidad. El predominio cultural de aquella sólo supuso interdependencia e interrelación entre ambas, en las que escritura y oralidad se verán afectadas. En el campo de la creación y transmisión del saber, desde el mundo antiguo, en escuelas y centros superiores de enseñanza, ambas han estado siempre presentes en mutua relación. El binomio maestro-discípulo establece una relación especial en este ámbito, que encuentra su reflejo en el mundo de la filosofía antigua desde sus albores, incindiendo además en la forma de exposición filosófica, cuyo conocimiento, esto es, cómo se ha constituido e intencionalidad del autor en cuanto a la forma de exposición elegida, es elemento básico si hemos de interpretar correctamente un texto filosófico¹.

Acostumbrados en Occidente a una cultura escrita fundamentalmente, solemos olvidarnos del ámbito de la oralidad. En un mundo occidental de altos índices de alfabetización con zonas marginales de analfabetismo, se nos olvida que en el mundo antiguo la situación no era la misma. Si usualmente se distinguen² tres tipos de sociedades desde el punto de vista de la escritura —sin escritura, de alfabetización restringida y de alfabetización de masas— la sociedad antigua, de forma creciente desde la época arcaica griega a fines del mundo antiguo, estaría en el estadio intermedio. W. Harris³ en relación con la Italia tardo-republicana e imperial, y estamos hablando a siglos de distancia de los presoc-

1 M. Untersteiner, *Problemi di Filologia Filosofica*, a cura di L. Sichirrollo e M. Venturi Ferriolo, Milano, 1980, p. 15.

2 *Literacy in traditional societies*, J. Goody (Ed.), Cambridge, 1968.

3 *Ancient Literacy*, Harvard Univ. Press, 1989, p. 259.

cráticos y tras la expansión del helenismo, sitúa la cifra de alfabetización entre el 20 y 30% de la población masculina y el 10% de la femenina, mientras que en las provincias occidentales rondaría entre el 5 y el 10%. Aunque esta tesis ha sido matizada⁴, no cabe duda de que en el mundo antiguo la cultura escrita estaba restringida a unas capas privilegiadas y coexistía con la cultura oral.

En nuestro siglo, además, ciertas posiciones de la crítica literaria, desde los formalistas rusos hasta el estructuralismo en sus más variadas manifestaciones, pasando por el "New Criticism", no han favorecido precisamente la comprensión del fenómeno de la oralidad. El texto escrito se ha erigido en rey absoluto y con él el autor que componía con la ayuda de la escritura. Conocidas son por todos las vicisitudes que por motivos diversos las hoy clásicas teorías de Milman Parry tuvieron que pasar hasta ser doctrina común y como el "furor oral" se ha trasladado a otros géneros literarios griegos, desde el epos post-homérico a la lírica arcaica o al drama, por ejemplo, e incluso se ha planteado en el terreno de la filosofía⁵. Por supuesto, no podemos poner este fenómeno en el campo de la filosofía al mismo nivel que el de la mayoría de los géneros citados, pero sí llamar la atención sobre la presencia poderosa de la voz, de lo oral, en la filosofía griega junto a la escritura, desde los presocráticos a fines del mundo antiguo.

Como dice G. Cambiano⁶ el filósofo antiguo no sólo fue escritor, y a veces ni eso, sino que gran parte de su actividad la realizaba mediante la palabra, como maestro y guía espiritual, en un tiempo y en un lugar determinado, como emisor ante unos oyentes. No olvidemos tampoco que la filosofía antigua, en líneas generales, no sólo pretendía adquirir y difundir unos conocimientos, sino formar hombres, transformar almas, inculcar una forma, unos ideales de vida, y en este terreno la palabra, la oralidad, es insustituible, por más que en el transcurso de los tiempos la escritura haya ido ganando progresivamente terreno. El *lógos* vivo para no pocos filósofos tenía un estatuto superior a la letra muerta, simple representación gráfica de ella, indefensa ante el lector. Pero se escribe porque la escritura permite superar los límites espacio-temporales de la palabra o para decirlo con Max Bilen⁷ la exigencia de la escritura nace del "deseo imperioso que impulsa a crear, en un mundo contingente y caótico, una región donde vivir la permanencia y la unidad".

Es cierto que los filósofos presocráticos, y no todos, confiaron sus pensamientos a la escritura, pero, en líneas generales, su obra era más *lógos* que *grámma*, más palabra que escritura. Cegados como estamos por los diálogos platónicos y los tratados aristotélicos, no hemos de trasladar tal impresión a sus antecesores. Ciertamente es que la tradición antigua

4 Cf. M. Beard, A. K. Bowman, M. Corbier, T. Cornell, J. L. Franklin Jr., A. Hanson, K. Hopkins, N. Horsfall, *Literacy in the Roman World*, Ann Arbor, Mi., 1991.

5 A. W. Adkins, "Orality and Philosophy", *Language & Thought in early Greek Philosophy*, K. Robb (Ed.), La Salle, 1983, pp. 207-227; G. R. F. Ferrari, "Orality and literacy in the origin of philosophy", *Ancient Philosophy* 4, 1984, pp. 194-205; M. S. Santirocco, "Literacy, orality and thought", *Ancient Philosophy* 6, 1986, pp. 153-160.

6 "La letteratura filosofica e scientifica", *Da Omero agli Alessandrini*, Roma, 1988, p. 257.

7 "Le comportement mythique de l'écriture", *Le Mythe et le Mythique*, Colloque de Cerisy, París, 1987, p. 209.

nos habla de obras escritas de Anaximandro, Anaxímenes, Jenófanes, Heráclito, Parménides, Zenón, Empédocles, Anaxágoras, etc..., por citar unos ejemplos en algunos casos muy discutidos como el de Heráclito, pero no pretendamos ver en sus obras libros en nuestro sentido. No podemos imaginar, incluso en el caso de aquellos que escogieron el verso para la expresión de su pensamiento, como Jenófanes, Parménides o Empédocles, que para ellos la forma escrita colmaba sus aspiraciones. En el caso de la prosa sucede lo mismo, no pocos de los escritos en prosa se limitan, por los testimonios conservados, a rápidos sumarios, anotaciones de los puntos capitales de pensamiento, escritos sintéticos, ecos de la voz del maestro que desplegaba oralmente en su plenitud lo expresado por escrito.

El caso de Heráclito puede resultar sintomático. Sabido es que existe una fuerte discusión sobre el hecho de si dejó obra personal escrita, de la que se nos habla a partir de Aristóteles, o no. Gigon, Deichgräber, West, Regenbogen, Marcovich, Mondolfo o Tarán la defienden, mientras que Diels o Kirk la niegan. Sea como fuere, lo redactase personalmente o se hiciera una recopilación, aun en vida o quizás a su muerte, de sus palabras por parte de un discípulo, la forma conservada es gnómica, aforística, capaz de ser recordada. No olvidemos que, de existir el libro, éste era leído en voz alta y conservado en la memoria, y que era el filósofo quien con su voz explicitaba en toda su profundidad su pensamiento.

El libro era un eco de la palabra, destinado a volver a ser palabra. Permitía superar los límites concretos espacio-temporales del *lógos*, facilitaba la consulta y la copia, sin llegar, ni en Alejandría, a la idea de multiplicación de ejemplares de la obra a nivel de editor comercial. La memoria oral era primordial en el mundo antiguo, y no nos referimos al caso de los aedos, sino al terreno de la filosofía antigua. Léanse, por ejemplo, todo lo referente a Pitágoras y su escuela que la Antigüedad nos ha transmitido. Y Pitágoras, como Sócrates, no dejó nada escrito. En ellos primaba en exclusiva el *lógos*.

Platón, digno sucesor de su maestro, trató de superar la rigidez de la forma escrita. Por una parte sabía que la filosofía es diálogo infinito, siempre abierto, y que la forma escrita rígida no podía encerrar ni plasmar a la perfección su pensamiento ni ser la expresión más alta. Recordemos de pasada su posición al respecto, por todos conocidas, en el *Fedro*, o *Carta VII* y que en la *República* no representa al filósofo como escritor. De ahí que escogiese para su vertiente escrita una forma literaria, el diálogo, la más cercana al espíritu socrático, al *lógos* vivo, con su carácter de obra abierta. Platón se mueve ya en un mundo en que existe una fuerte tensión entre cultura escrita y oralidad, pero los nuevos aires soplan en favor de los partidarios de Isócrates y no de Alcídamente.

Platón no es sólo el autor genial de los diálogos transmitidos bajo su nombre. Una fuerte tendencia de nuestro siglo en los estudios platónicos tiende a valorar más la doctrina no escrita de Platón, la contenida en su enseñanza oral y que nos habría llegado por tradición indirecta, que la contenida en los diálogos que tendrían carácter protréptico,

8 Para un estado de la cuestión cf. M.-D. Richard, *L'enseignement oral de Platon. Une nouvelle interprétation du platonisme*, París, 1986.

exotérico. Es esta la novedad introducida por la escuela de Tübingen⁸ que entiende que los diálogos no expresan más que de forma alusiva e imperfecta el pensamiento platónico y que sólo la enseñanza oral permitiría comprenderlos y completarlos. Frente a actitudes como la de Schleiermacher, Zeller, Teichmüller, Shorey, Natorp, Wilamowitz, Ritter, Cherniss, Vlastos, Dönt, Parente, Meissner, etc...que, en términos generales, creen que en los diálogos está lo fundamental y desvalorizan la tradición indirecta y, por tanto, la importancia de la enseñanza oral, ésta se ha visto revalorizada por autores como Robin, Stenzel, Ross, Töplitz, Cornford, Vogel, etc..., entendiendo que tendría el mismo valor y nivel que la escrita, sólo, que, en líneas generales, la vejez y la muerte le impidieron poner por escrito la enseñanza oral. Pero sobre todo han sido H. J. Krämer y K. Gaiser quienes, desde hace ya más de tres décadas, no sólo han tratado de demostrar históricamente tal tipo de enseñanza, sino también su contenido, enseñanza esotérica, dirigida a lo más granado de la Academia. Hoy día no se puede sostener en los estudios platónicos una posición como la de Schleiermacher o Cherniss, por citar los dos mayores adalides de la tendencia opuesta. Se podrá estar en perfecta sintonía con la escuela de Tübingen o matizarla, pero la convivencia de la enseñanza oral, del *lógos* vivo junto a la escritura, con, como mínimo, el mismo valor que ella, en el fundador de la Academia, es un hecho incuestionable. Platón es una figura bifronte en este aspecto, reflejo de la tensión entre *lógos* y *grámma* de su época, independientemente de su educación socrática.

El caso de Aristóteles es también bastante sintomático. Para el no especialista el *corpus* aristotélico se le presenta como una realidad cerrada y no sabe lo que realmente tiene en sus manos. El *corpus* aristotélico conservado, y nos referimos a aquel conformado por Andrónico de Rodas, realmente consiste en tratados que en último término proceden de apuntes de clases o de materiales de investigación. Las lecciones de Aristóteles en el Liceo conforman fundamentalmente este *corpus*, lo que explica sus no pretensiones literarias y su denominación de *acroáticos*. Podemos decir, por paradójico que parezca, que es *lógos* en forma de *grámma*, y que se distingue claramente de los escritos usualmente calificados de exotéricos, con la finalidad de ser publicados, de los que conservamos fragmentos y, lógicamente, dotados de mayor cuidado literario.

Tras los fundadores de la Academia y el Liceo hubo quienes aún persistieron en el puro espíritu de Sócrates y Pitágoras, aun cuando el devenir histórico iba en favor del culto al libro, siendo Alejandría y Roma buenos ejemplos de ello. Se protestará contra la formación negativamente libresca (Séneca, Luciano), se defenderá por algunos en la segunda sofística la improvisación y no el discurso preparado por escrito, se valorará, por oposición, la *paideía* oral, pero a fines del mundo antiguo paganos y cristianos convergían en el respeto a la palabra escrita⁹. Aún así, hubo en la filosofía quienes siguieron estando próximos al espíritu socrático y a la crítica platónica de la escritura. Así los sucesores de

⁹ Cf. L. Gil, "El <<lógos>> vivo y la letra muerta. En torno a la valoración de la obra escrita en la Antigüedad", *Emerita* XXVII, 2, 1959, pp. 239-268.

Platón, desde Arcesilao a Carnéades, no dejaron nada escrito, a los que habría que sumar la larga lista de filósofos ágrafos del prólogo¹⁰ de Diógenes Laercio. Y conocidos son también los casos de Musonio y Epicteto, maestro y discípulo. El primero se atuvo a la enseñanza oral, no escribió nada, pero un discípulo, de nombre Lucilio, recogió sus *Diatribas*, de las que desgraciadamente sólo conservamos tradición indirecta. Del segundo, si no llega a ser por su discípulo, el famoso historiador Flavio Arriano, que lo escuchó ya anciano en Nicópolis y que quiso conservar por escrito (*Diatribas*) su enseñanza oral, poco habríamos conservado. Epicteto insistía una y otra vez en que los alumnos conservasen en la memoria las lecciones, sus palabras, y las pusieran en práctica. Trataba de forjar hombres, de transformar almas, de educar, en una palabra. La diatriba era una forma adecuada para que las ideas penetrasen en amplias capas sociales, mantenía la impronta oral y, por tanto, era adecuada como medio de propaganda.

En los neoplatónicos¹¹ encontramos también cierta tensión entre oralidad y escritura. Ellos sentían atadas hasta cierto punto sus manos por la crítica platónica al *lógos gegramménos*, pero, por otro lado, poseían la obra escrita de su maestro y guía espiritual. Esta aparente contradicción la encontramos explicada, desde su punto de vista, en los *Prolegomena* de la filosofía de Platón¹². El autor, tras exponer “la vida y carácter de su filosofía”, se plantea la cuestión de por qué Platón puso por escrito sus *dógmata*, cuando el fundador de la Academia en el *Fedro* había criticado a los autores de libros porque dejaban sus obras indefensas ante el lector, había recomendado dejar discípulos, que fueran verdaderos libros vivos, y cuando, además, ni Sócrates ni Pitágoras habían escrito nada. La respuesta de los *Prolegomena* es que Platón a imitación de la divinidad que ha hecho creación invisible tipo ángeles, almas, inteligencia, etc..., y creación visible tipo cuerpos celestes y sujetos a generación y corrupción, así Platón nos ha transmitido parte de su enseñanza bajo forma escrita y parte en forma ágrafa, fundamentalmente “lo dicho en las *synousíais*”, añadiendo que es bien conocido que Aristóteles había puesto por escrito lo expresado por el maestro en esta enseñanza oral.

Esta tensión entre lo oral y lo escrito en los neoplatónicos se perfila plenamente en el caso de Plotino y en el campo de los comentarios neoplatónicos. Pero además, Porfirio en su *Vita Plotini*¹³, nos transmite un fragmento del prólogo del tratado *De Longino contra Plotino y Gentiliano Amelio sobre el fin*, escrito poco antes del 268 p. C., que resulta esencial en nuestra investigación y que nos refleja la situación de oralidad y escritura en la filosofía a la altura del siglo III p. C.

Un poco antes¹⁴ del texto en cuestión Porfirio ha aludido a cómo Longino le había

10 16: Sócrates, Estilpón, Filipo, Menedemo, Pirrón, Teodoro, Carnéades y Brisón, y, “según algunos”, Pitágoras y Aristón de Quios “salvo unas pocas cartas”.

11 Sobre la interrelación oralidad y escritura en el neoplatonismo griego presentamos una comunicación en el VIII Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, Septiembre, 1991).

12 III (13).

13 20, 10-104 Bréhier.

14 *Vita Plotini* 19, 1-41 Bréhier.

invitado a trasladarse a su lado, a Fenicia, portando la obra escrita de Plotino, ya que había escasez de amanuenses y las copias que poseía de la obra de Plotino no eran de calidad y no estaban exentas de errores. Desde luego Longino pensaba con toda la razón que nada mejor que el alumno y editor a la vez de la obra de Plotino le iba a asegurar un texto fiable. Pues bien, a continuación tenemos el texto clave¹⁵. Longino, tras lamentarse de la escasez de filósofos en su época frente a la abundancia en su niñez, distingue entre aquellos que han expuesto sus doctrinas por escritos y quienes se han contentado con la exposición oral¹⁶:

“Unos expusieron sus doctrinas por escrito legando a los venideros la posibilidad de sacar provecho de ellos, otros, en cambio, consideraron que bastaba con hacer progresar a sus alumnos en la comprensión de sus opiniones. De la primera clase eran los platónicos Euclides, Demócrito y Proclino, el que vivió en la Tróade, y los que hasta la fecha ejercen su labor públicamente en Roma, Plotino y, su discípulo, Gentiliano Amelio; entre los estoicos, Temístocles y Febión y los que florecieron hasta hace poco, Annio y Medio; entre los peripatéticos, Heliodoro de Alejandría. De la segunda clase los platónicos Ammonio y Orígenes, cuyas aulas nosotros hemos frecuentado la mayor parte del tiempo, hombres destacados no poco por su inteligencia entre sus contemporáneos, y los diádocos en Atenas Teodoto y Eubulo. Pues aunque algunos de ellos han escrito alguna cosa, como Orígenes su *Sobre los démones* y Eubulo su *Sobre el Filebo*, *Sobre el Gorgias* y *Sobre las críticas de Aristóteles a la República de Platón*, ello no es garantía suficiente para contarlos entre los que han desarrollado una doctrina elaboradamente, pues para ellos era una tarea accesoria, sin que prevaleciera en ellos la tendencia a escribir; entre los estoicos, Hermino y Lisímaco, así como los que vivieron en Atenas, Ateneo y Musonio; entre los peripatéticos, Ammonio y Ptolomeo, ambos los más grandes filólogos de su época, especialmente Ammonio, pues no hay nadie semejante a él en erudición, pero que no han escrito ninguna obra científica, sino poemas y discursos epidícticos, que se nos han conservado, creo, contra su voluntad, pues ellos no hubieran aceptado ser conocidos por la posteridad por tales libros, ya que habían renunciado a atesorar su pensamiento en obras más serias.”

Proseguía Longino, según Porfirio¹⁷, analizando el grupo de los que prefirieron exponer su pensamiento por escrito, pero distinguiendo entre los que no habían aportado nada, casos de Euclides, Demócrito, Proclino, Annio, Medio, Febión y Heliodoro, y los que sí lo habían hecho¹⁸, donde entrarían, a su juicio, Plotino y Gentiliano Amelio¹⁹.

15 20, 10-104 Bréhier.

16 20, 25-57 Bréhier.

17 20, 57-68 Bréhier.

18 20, 68-104 Bréhier.

19 20, 71 Bréhier.

Este es un texto clave, conexo con el de Diógenes Laercio ya citado, y que nos completa un panorama sobre los filósofos que asentaron la transmisión de su doctrina en la oralidad en plena época imperial. No olvidemos, por una parte, que los modelos de filósofos, incluso en la tarda antigüedad, seguían siendo, Platón y Pitágoras²⁰, ambos unidos por su valoración del *lógos* vivo, y, por otra, que los filósofos, que se consideraban a sí mismos auténticos filósofos, de época imperial tenían auténtico interés en distinguirse de los sofistas de la época, conferenciantes, la mayoría de las ocasiones, de salón, que llenan el aire y las páginas de bellos discursos, pero hueros e incapaces de transformar el alma de los oyentes, incluidos aquéllos que no son auténticos filósofos y que están a caballo de Platón e Isócrates, caso de un Máximo de Tiro, cuya retórica pretendía ser filosófica²¹. Ellos, los neoplatónicos, querían ser maestros y guías espirituales de un grupo de alumnos, cuyas almas quedarán transformadas por su *lógos*, por su palabra, llegando incluso a la comunidad de vida. Eso era lo fundamental. Lo demás, las obras escritas por ellos, será más o menos importante desde el punto de vista personal, de prestigio ante los propios alumnos y otras escuelas, pero lo que les satisfacía esencialmente era su *paidéia* oral, el contacto e influencia entre sus alumnos, y algunos no se dignaron poner por escrito lo expresado en su enseñanza oral e incluso algunas obras bajo su nombre se deben al celo de sus alumnos, que querían que las palabras del maestro superasen el marco concreto espacio-temporal y sirvieran de provecho en el futuro para ellos mismos y para los venideros. Pero algunos de ellos no tenían el más mínimo interés en dejar obra escrita. Les bastaba la palabra, como a Sócrates, Pitágoras o Jesús.

Así, por ejemplo, el maestro de Plotino, Ammonio Saccas, no escribió nada y para algunos pasa por ser el Sócrates del neoplatonismo. El, como Sócrates, tenía sus discípulos, como por ejemplo Herennio, Orígenes y Plotino, que recogían de su boca las semillas que vivificaban sus almas y pactaron, si hemos de creer a Porfirio²², “no desvelar ninguna de las doctrinas de Ammonio, que él en sus clases les había expuesto con claridad” y fueron primero Herennio y posteriormente Orígenes quienes transgredieron el acuerdo, mientras que “Plotino cumplió lo pactado: se relacionaba con algunos de los que acudían, pero mantenía incognoscibles las doctrinas recibidas de Ammonio” y de ellas nutría sus cursos. Los motivos de este esoterismo se han supuesto variados²³. Bréhier²⁴, por ejemplo, piensa en el miedo de los filósofos de la época a ser confundido con los sofistas, H. Dörrie²⁵ en un pacto de tipo tipo místico o pitagórico, R. Harder²⁶ en un pacto de auto-

20 S. Pricoco, “Filosofi e Professori di Filosofia nella Tarda Antichità: Vecchi e Nuovi Modelli Culturali tra IV e V Secoli”, *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità*, Atti del Convegno tenuto a Catania Università degli Studi, 27 sett.- 2 ott. 1982, Roma, 1985, pp. 509-527.

21 B. P. Reardon, *Courants Littéraires grecs des II^e et III^e siècles après J.-C.*, París, 1971, pp.200-205.

22 *Vita Plotini* 3, 24-34 Bréhier.

23 Cf. M.-O. Goulet-Cazé, “L’arrière-plan scolaire de la *Vie de Plotin*”, *La Vie de Plotin*, París, 1982, I, pp. 231-327.

24 *Plotin. Ennéades*, E. Bréhier (Ed.), París, 1960, p. IV.

25 “Ammonios, der Lehre Plotins”, *Hermes* 83, 1955, pp. 446-447.

26 Cf. *Anmerkungen* de su edición de la *Vita Plotini*, Hamburgo, 1958, p.86.

ría, en el sentido de no publicar los *dógmata* comunes al maestro y discípulos, en los que era indescernible lo perteneciente a cada uno de ellos, Th. A. Szlezák²⁷, por su parte, remite a la actitud platónica respecto a la escritura y al tema de la difusión de las verdades esenciales entre los hombres sin distinción. Nosotros, por nuestra parte, pensamos, como Szlezák, que Ammonio ha seguido el criterio socrático-platónico de la enseñanza oral como sistema ideal y el criterio, de larga tradición, de la reserva a unos elegidos, el fenómeno del esoterismo, de las verdades esenciales del platonismo, en una época en que además existía una fuerte renovación del pitagorismo, con el esoterismo que éste conllevaba.

Su discípulo Plotino heredará esta predilección por la *paideía* oral. Es cierto que conservamos sus famosas *Enéadas*, pero también lo es que pasó muchos años sin escribir y que, cuando lo hizo, sus escritos dependen profundamente de su enseñanza oral y hubo de contar con la labor de un editor que revisara sus textos e incluso realizara comentarios aclaratorios, su discípulo Porfirio. Sus escritos, esos de los que Longino echaba en falta una copia fiable, son un reflejo de la *paideía* oral del maestro en el interior de la escuela, ya que para él también, como diádoco del platonismo, era superior la palabra a la escritura. La visión que de él nos transmite Porfirio en su *Vita Plotini* es la de un maestro, un profesor, más que un escritor. Un maestro paciente, dulce, afable, vigoroso, con facilidad expositiva, pero también incorrecto en ocasiones²⁸, que en clase adopta tono conversacional²⁹, metido de lleno en sus cursos y seminarios³⁰, a los que “podía acudir quien quisiera”³¹, con unos alumnos entre los que se mezclaban los discípulos en sí, imitadores hasta la raíz del maestro, y los simples oyentes³², que tomaban notas de su enseñanza oral y a los que invitaba a la libre discusión y al diálogo³³, convirtiéndose a veces las clases en un auténtico *mare magnum*, según el propio Amelio³⁴. Incluso Porfirio cuando lo oyó por vez primera reconoce que le resultó desconcertante³⁵.

Cuando se tenía que comentar un texto en clase él no tenía inconveniente en acudir a la doxografía escrita de otros platónicos, peripatéticos o neopitagóricos (Severo, Cronio, Numenio, Gayo, Atico, Aspasio, Alejandro, Adrasto, entre otros)³⁶, pero con

27 “Plotin und die geheimen Lehren des Ammonios”, *Esoterik und Exoterik der Philosophie. Beiträge zu Geschichte und Sinn philosophischer Selbstbestimmung*, Basilea-Stuttgart, 1977, pp. 52-69.

28 *Vita Plotini* 13, 1-5 Bréhier.

29 *Vita Plotini* 18, 5-8 Bréhier.

30 *Diatribai* 3, 34, 36; 18, 19 Bréhier. *Synousíai* 1, 13, 14; 3, 46; 5, 6; 13, 1; 14, 10, 21; 16, 10; 18, 7 Bréhier.

31 *Vita Plotini* 1, 13-14 Bréhier. Miembros de la clase dirigente del Imperio acudían a ella. Galieno y su esposa Salonina dispensaron un trato de favor a Plotino, como lo demuestra el propio tema de Platonópolis. Plotino, como era usual entre la mayoría de los neoplatónicos, procuraba no molestar con especulaciones políticas al orden establecido. Cf. E. A. Ramos Jurado, “El filósofo ante la política según Plotino”, *Helmantica* 36, Enero-Abril 1985, 109, Salamanca, pp. 95-106.

32 *Vita Plotini* 7, 1-2 Bréhier.

33 *Vita Plotini* 3, 35-38; 13, 10-17; 18, 5-8 Bréhier.

34 *Vita Plotini* 3, 35-38 Bréhier.

35 18, 8-10 Bréhier.

36 *Vita Plotini* 14, 10-14 Bréhier.

espíritu crítico, originalidad y concisión. Era una lectura comentada³⁷, en la que el comentario del alumno era corregido y profundizado por el maestro, con invitación a todos a investigar, a discutir, pues prefería una clase activa a una lección magistral. En ocasiones un punto en la libre discusión podía ocupar varios días. Tres días le llevó resolver las cuestiones sobre la unión alma-cuerpo que le planteó Porfirio³⁸ y como uno de los oyentes, Taumasio, protestase y le solicitara una exposición de tipo lección magistral, le contestó que si no es por el sistema dialéctico no podría decir una sola palabra digna de ser puesta por escrito. Le estimulaba la búsqueda de la verdad a través del diálogo. No creo que debamos imaginarnos sus clases como la del profesor solitario y meditabundo que expone de una vez, *ex cathedra*, sus puntos de vista. No todo su pensamiento está contenido en las *Enéadas*. P. Henry³⁹ ha demostrado, por ejemplo, que autores como Porfirio, Dexipo y Simplicio nos han transmitido enseñanza oral del filósofo de Licópolis respecto a las *Categorías* de Aristóteles. Sabemos también que un discípulo etrusco, Amelio, quien asistió durante veinte y cuatro años a sus cursos (246-270 p.C.), compuso 100 volúmenes de notas, dedicados a su hijo adoptivo, Hostiliano Hesiquio de Apamea, a partir de los cursos de Plotino⁴⁰.

Cuando Porfirio llega a la escuela, “en el décimo año del reinado de Galieno” y en el decimo octavo año escolar de Amelio⁴¹, ésta estaba bien asentada. Plotino la había abierto en el 244 p. C. y en una primera etapa sus cursos se nutrían de la *paideía* oral recibida de Ammonio, sin que el filósofo de Licópolis pusiera una palabra por escrito, “y así pasó diez años completos, relacionándose con algunos, pero sin escribir nada”⁴², hasta que “a partir del primer año del reinado de Galieno” se dedica “a escribir los temas que salían a relucir” y “cuando yo, Porfirio, por vez primera me dí a conocer, descubro que había escrito veintiún tratados, que estaban en circulación entre un pequeño número de personas. Su circulación no era fácil, ni inconsciente, sin más ni más y a la ligera, sino mediante un examen a fondo de los destinatarios”⁴³. Estos tratados, a los que Plotino no da títulos, serían revisados, como también los posteriores, por Porfirio antes de ser entregados a los amanuenses. Pensamos que este tardío acceso de Plotino a la función de escritor, cuando contaba unos cincuenta años, no puede deberse a otro motivo que a la valoración superior de la enseñanza oral sobre la escrita. El eje socrático-platónico, de cuya

37 Para P. Thillet (“La Pédagogie de Plotin”, *Le trasformazioni della cultura...* pp. 205-217) la pedagogía medieval, tal y como se ha desarrollado, especialmente en teología y filosofía, hay que retrotraerla a la pedagogía de tipo plotiniano.

38 *Vita Plotini* 13, 10-17 Bréhier.

39 “The Oral Teaching of Plotinus”, *Dionysius* 6, 1982, pp. 3-12; *L'enseignement oral de Plotin*, Leiden, 1983.

40 *Vita Plotini* 3, 43-48 Bréhier: “(Amelio) sobrepasaba en amor al trabajo a todos sus coetáneos, pues copió casi todo lo de Numenio, lo recopiló y se aprendió casi de memoria la mayor parte. Tomando notas de los cursos compuso un centenar de libros de escolios, que están dedicados a Hostiliano Hesiquio de Apamea, su hijo adoptivo”. Proclo, *In Ti.* II, p. 213, 9-11 Diehl, refiere una teoría que Amelio decía que procedía de los *ágraphoi synousiai* de Plotino.

41 *Vita Plotini* 4, 1-4 Bréhier.

42 *Vita Plotini* 3, 32-35 Bréhier.

43 *Vita Plotini* 4, 9-16 Bréhier.

vigencia había sido testigo en la persona de su maestro Ammonio, seguía funcionando. Además, según Porfirio, Plotino como escritor era un tanto descuidado, cometía incluso incorrecciones, pues para él primaba el fondo sobre la forma⁴⁴. Sus escritos son reflexiones que se desarrollan por sí mismas, como en el flujo de la oralidad, con frecuentes ausencias de nexos lógicos, de forma aparentemente improvisada, con repeticiones, etc... . Y es que como dice Bréhier⁴⁵ “ses publications écrites étaient sous la dépendance étroite de son enseignement”, o con palabras más recientes de M.-O. Goulet-Cazé⁴⁶ “les écrits de Plotin s’enracinaient profondément dans son enseignement oral”.

Los neoplatónicos posteriores, en líneas generales, cedieron más a la tentación de dejar por escrito su pensamiento. Porfirio, Jámblico, Proclo, Damascio, por citar unos nombres, asumieron la función de escritor en una medida mayor que Plotino. Pero hemos de hacer una advertencia, una gran parte de la producción neoplatónica está centrada en los comentarios a Platón y Aristóteles fundamentalmente, aparte del comentario a otras autoridades consideradas divinas del tipo Orfeo u *Oráculos Caldeos*, y todos sabemos el débito que los comentarios tienen con la *paideía* oral desarrollada en la intimidad de las escuelas.

Los comentarios, cuando llegan a los neoplatónicos, tienen una larga tradición en el terreno de la filosofía⁴⁷. La escuela platónica y aristotélica, en este último caso sobre todo a partir de la edición de Andrónico, contaba ya con una trayectoria exegética centrada en sus maestros. A partir del siglo I p. C. se instaura con una enorme fuerza en la enseñanza filosófica. Ya hemos visto cómo Plotino utilizaba los comentarios de otros filósofos en su enseñanza. El comentario nace en el seno de la enseñanza y en función de ella. La exposición del maestro, las cuestiones planteadas por los alumnos, los debates subsiguientes, todo ello, curso a curso, modifica el comentario. No nos imaginemos los comentarios como una labor de gabinete que se realiza en un período determinado, sino que la mayoría de ellos se van conformando en el filósofo en el curso de la enseñanza oral, a veces siendo aún alumno⁴⁸. Las interpretaciones de maestros y discípulos enriquecen a unos y otros, aparte de la doxografía manejada. Al final se forma en ocasiones un *mixtum compositum* en donde es indiscernible qué aporta cada uno. Quien lea comentarios de Proclo, por ejemplo, al *Timeo* platónico y pretenda en la exégesis a ciertos *lemmata* discernir lo que pertenece a su maestro Siriano y a Proclo, encontrará graves dificultades. Se

44 *Vita Plotini* 8, 1-6 Bréhier.

45 *Op. cit.* p. XXVIII.

46 *Art. cit.* pp. 325-326.

47 Para el comentario cf. J. Geffcken, “Zur Entstehung und Wesen des griechischen wissenschaftlichen Kommentars”, *Hermes* 67, 1932, pp. 397-412; H. Dörrie, “Zur Methodik antiker Exegese”, *ZNTW* 65, 1974, pp. 121-138; M. Untersteiner, *Problemi di Filologia Filosofica*, Milano, 1981, pp. 205-221; Fr. Romano, “Genesis e Strutture del Commentario Neoplatonico”, *Le trasformazioni della cultura...*, pp. 219-237; E. A. Ramos Jurado, *Lo platónico en el siglo V p. C.: Proclo*, Sevilla, 1981, pp. 19-22.

48 Recordemos la anécdota que nos narra Marino (*Vita Procli* 12) en el sentido de que Plutarco de Atenas incitó a Proclo, su discípulo, a poner por escrito (*apogrāphesthai*) lo expresado (*tà legόμενα*) durante el estudio del *Fedón* platónico. Así nacería el *Comentario al Fedón* del filósofo de Constantinopla.

vislumbra que detrás de Proclo está la figura de su maestro Siriano, hasta el punto de que Olimpiodoro le acusaba de haber hecho suyas ideas de su maestro⁴⁹. Pero este no es un problema que afecte sólo a Proclo, como veremos, sino que afecta a no pocos autores y comentarios.

El quinto ensayo del comentario a la *República* de Proclo ha demostrado Anne D. R. Sheppard⁵⁰ que es una versión escrita subsiguiente a una discusión escolar sobre diez problemas procedentes del libro II de la *República* platónica, mientras que el sexto parte de la exposición oral de Siriano, de la discusión que entabla con su discípulo Proclo, de la lección subsiguiente de Proclo y, finalmente, la redacción actual. Así pues, como reconoce Francesco Romano⁵¹ “el filósofo neoplatónico —especialmente en la escuela de Atenas— escribe siempre en estrecha relación con su enseñanza oral, en el cuadro de una determinada escuela y de un preciso auditorio”.

El grado máximo de dependencia de enseñanza oral y comentario escrito lo tenemos en los clásicos comentarios denominados *apò phonês, ex ore*, en los que un discípulo, al estilo de lo que hizo tan pacientemente Amelio con Plotino, va tomando notas del comentario oral del maestro, al que añade en ocasiones su propio punto de vista u otras fuentes consultadas, creándose al final ese *mixtum compositum* del que hablábamos. El discípulo en ocasiones llegaba a publicar el comentario sin permiso del maestro, como parece haber sido el caso de Simplicio respecto a Ammonio⁵². La aparición de la expresión *apò phonês* se data en los confines de los siglos V y VI a. C. en los medios universitarios de Atenas, Alejandría y Gaza⁵³.

Los ejemplos de este tipo de comentario que nos han llegado son múltiples. En Atenas tenemos el caso de la “Introducción a los *Datos* de Euclides *apò phonês* del filósofo Marino”, sucesor y biógrafo de Proclo en 485 p. C., y, según algunos, el comentario conservado al *Cratilo* de Proclo. En este último caso se habla o bien de apuntes de clase (Pasquali⁵⁴, Beutler⁵⁵), de un *excerptor* a partir de un comentario redactado por el mismo Proclo (F. Romano⁵⁶) o bien de una selección redactada por un *excerptor* que tenía ante sí unas notas de clase de un alumno de Proclo o del propio filósofo (E. Lamberz⁵⁷, J. Ritoré Ponce⁵⁸). En el caso de Alejandría tenemos a Ammonio, hijo de Hermias, filósofo no pro-

49- In *Phaed.* 9, 2, p. 129 Westerink; E. A. Ramos Jurado, *Lo platónico...* pp. 202-205.

50 *Studies on the 5th and 6th Essays of Proclus' Commentary on the Republic*, Göttingen, 1980.

51 *Art. cit.* pp. 227-228.

52 Cf. Fr. Romano, *art. cit.*, p. 233; A. Cameron, “The last days of the Academy at Athens”, *PCPhS*, NS, 15, 1969, p. 22.

53 Cf. el clásico artículo de M. Richard, “Apò phonês”, *Byzantion* 20, 1950, pp. 191-222 (= *Opera Minora* III, Turnhout/Lovaina, 1977, n° 60).

54 *Procli Diadochi in Platonis Cratylum Commentaria*, Leipzig, 1908, pp. V-VII.

55 “Proklos 4”, *RE*. XXIII 1, 1957, col. 195.

56 *Proclo. Lezioni sul “Cratilo” di Platone*, Università di Catania, 1989.

57 “Proklos und die Form des philosophischen Kommentars”, *Proclus. Lecteur et interprète des Anciens*, París, 1987, p. 2 n. 4.

58 *La teoría del nombre en el neoplatonismo tardío*, Cádiz, 1992, pp. 21-24.

clive a la escritura, pero cuyo pensamiento conocemos merced al interés de sus discípulos Asclepio y Juan Filópono que tomaban notas en sus clases. Así encontramos en cabeza de un comentario a la *Metafísica* de Aristóteles el siguiente título “*Scholía* al libro I de la *Metafísica* de Aristóteles realizado por Asclepio según la enseñanza oral (*apò phonês*) de Ammonio, hijo de Hermias”⁵⁹, mientras que Juan Filópono nos conservó *ex ore* la enseñanza de Ammonio sobre los *Analytica Priora*, *Analytica Posteriora*, *De Generatione et Corruptione* y *De Anima*, aunque los tres últimos llevan el añadido de “con algunas aportaciones personales”, lo que ha llevado a E. Évrard⁶⁰ a postular un cierto margen de libertad por parte de Filópono. En cuanto a Olimpiodoro conservamos *apò phonês* sus comentarios, realizados por un discípulo suyo, al *Gorgias*, *Filebo* y *Alcibiades*, según demostró L. Skowronski⁶¹ en el siglo pasado, a las *Categorías* y *Prolegomena* según demostró Ad. Busse⁶², y a *Meteorológicos* según W. Stüve⁶³. En cuanto al propio Hermias su comentario al *Fedro* procede realmente de un curso de Siriano, lo que sucede es que no se menciona que sea *ex ore*, circulando bajo el nombre del discípulo. Incluso el comentario a *De Interpretatione*⁶⁴ de Estéfano de Alejandría que nos ha llegado, según R. Vancourt⁶⁵, no es fruto de la mano de Estéfano sino un resumen de un alumno.

En el caso de los comentarios, pues, las posibilidades son múltiples y nos muestran bien a las claras, por una parte, la importancia de la *paideia* oral en la filosofía y su influjo en determinados géneros filosóficos, y, por otra, la necesidad de conocer cómo se ha gestado un texto filosófico para poder interpretarlo correctamente.

59 Se repite al inicio del comentario a los libros II y III. También se ha supuesto (cf. A. Sheppard, “Proclus’ philosophical method of exegesis: the use of Aristotle and the Stoics in the Commentary on Cratylus”, *Proclus, lecteur et interprète des anciens*, Paris, 1987, p.142) que el *In De Interpretatione* de Ammonio parcialmente está fundamentado en la enseñanza escolar de Proclo sobre el *De Interpretatione* aristotélico.

60 “Jean Philopon, son commentaire sur Nicomaque et ses rapports avec Ammonius”, *REG* 78, 1965, p. 596.

61 *De auctoris Herenni et Olympiodori scholis cum universis tum iis singulis quae ad vitam Platonis spectant capita selecta*, Diss. Breslau, 1884, pp. 44-50.

62 *CIAG* 12.1, 1902, *Praefatio*, pp. V-VI.

63 *CIAG* 12.2, 1900, *Praefatio*, pp. VII-VIII.

64 Sobre la tradición exegética del *De Interpretatione* y un análisis del de Ammonio, cf. M^a. R. Fernández Garrido, *Análisis del Comentario al De Interpretatione de Aristóteles: el verbo y la oración*, Diss., Sevilla, 1992.

65 *Les derniers commentateurs alexandrins d’Aristote. L’école d’Olympiodore. Étienne d’Alexandrie*, Lille, 1941.